

*(Introducción)*

La narrativa de Ramón J. Sender (1902 – 1982) forma parte de la novela del exilio, en el que permaneció de 1938 hasta 1974. Como tal, su obra refleja el enfrentamiento del progresismo republicano y del clasismo conservador que abocó España a una guerra civil y acabó con la instauración de la dictadura franquista. Su novela *Réquiem por un campesino español* es la restitución polifónica del ambiente de un pueblo sacudido por el eco de las turbulencias políticas y sociales nacionales. Sin maniqueísmos, el relieve que adquiere cada personaje y la hábil descripción de los espacios sociales permiten reflejar el esquema de valores que subyacía en los pueblos de entonces.

Este fragmento constituye el incipit de la novela y nos describe como mosén Millán espera a que lleguen los feligreses para poder dar una misa de réquiem por Paco el del Molino, mientras el monaguillo deambula entre la sacristía y el presbiterio. Se articula en tres movimientos. En el primero, que va de la línea 1 a la línea 19, se nos presenta lo que constituirá el escenario de la novela, es decir el pueblo con su iglesia, su plaza y sus calles por los que vaga el pensamiento del cura. El segundo (línea 20 a 29) nos da a entender quiénes son los feligreses a los que está esperando mosén Millán y por qué es incierta su llegada, como se lo confirma el monaguillo. El fragmento termina con algunos indicios, en un tercer movimiento que va de la línea 30 a la línea 42, sobre cómo murió Paco el del Molino y el recuerdo que su muerte ha dejado en el pueblo.

Con este incipit, Ramón J. Sender presenta los elementos claves de su novela, a saber el marco geográfico del pueblo, su organización social y la tragedia que lo ha marcado. Así, el novelista plasma una realidad común a la España de principios del siglo XX, marcada por la omnipresencia de la Iglesia y un silencio impuesto por la represión pero incapaz de acallar las conciencias. Por eso, el tratamiento del espacio, de las voces narrativas y el esbozo del esquema actancial constituyen los aspectos centrales del fragmento.

*(Comentario)*

El pueblo de la novela ha sido el teatro de una tragedia social y desempeña un papel primordial tanto como espacio geográfico con sus diferentes compartimentos –abadía, plaza, calles– como por la organización social que lo reglamenta –la gente del pueblo, amiga de Paco, las familias “más pudientes” (l. 22), sus enemigas, y, por supuesto, mosén Millán, representante de la Iglesia–. La iglesia es el vórtice en el que se precipita la historia y de ella parte el relato. Empieza en la sacristía que constituye el espacio más doméstico del templo, reservado a los quehaceres del cura, antes y después del oficio, y donde puede manifestarse el hombre que hay detrás de la función. En ella se encuentra mosén Millán, sentado pero con la mente en constante movimiento. Desde su sillón, su pensamiento se expande en ondas concéntricas a través de la sala, a la casa vecina, por el huerto, hasta la plaza y las calles del pueblo. Se trata de un espacio quieto que se define a través de los sonidos emitidos por figuras espectrales que no se dejan ver: “se oía la escoba seca contra las piedras”, “una voz que llamaba” (l. 10), “un saltamontes atrapado entre las ramitas de un arbusto” (l. 12), “relinchaba un potro” (l. 13), “aquel potro, por las calles” (l. 15). Estos sonidos forman parte de las sensaciones del cura, descritas a través de una narración extradiegética con focalización interna. Transmiten la impresión de un pueblo ahogado, en el que la vida expresa su insubordinación (“alguien barría furiosamente”, l. 10) como a escondidas (“María... Marieta...”, l. 11). Los habitantes se asimilan a insectos impotentes como el saltamontes y Paco el del Molino a la indómita figura del potro (“el potro de Paco el del Molino, que anda, como siempre, suelto por el pueblo”, l. 14). Además de los sonidos, el personaje huele el incienso (l. 2), percibe el aspecto metálico de las hojas de olivo y evoca el roce de sus ramas (l. 6 y 7). Una vez que el lector se halla inmerso en la experiencia sensorial del personaje, se dispone a seguirlo en su pensamiento (“su imaginación vagaba por el pueblo”, l. 18).

Para traducir el monólogo interior del cura, Ramón J. Sender recurre alternativamente al discurso directo entrecuillado (““Ese debe de ser – pensó mosén Millán – el potro de Paco...””, l.14 a 15) o al discurso indirecto libre (“Estaba seguro de que irían – no podían menos – tratándose de una misa de réquiem”, l. 19 a 20). Comprendemos que, preocupado por la tardanza de los feligreses, el cura está repasando las relaciones que Paco mantenía con los habitantes del pueblo, esbozando de paso el esquema actancial de la novela. Eso permite identificar a Paco como sujeto, a las familias de don Valeriano y don Gumersindo como oponentes y a casi todo el resto del pueblo como destinatario de su afán de justicia social. El pensamiento del cura se concretiza después en un breve diálogo, en estilo directo, durante el cual el monaguillo se muestra ajeno a las inquietudes del cura, con ironía dramática (“¿Qué parientes?”, l. 27). Se contraponen así la inocencia del niño al desasosiego del cura. Entre el abundante campo léxico de la religión, destaca la “casulla negra bordada de oro” (l. 16), metáfora del alma oscura de una Iglesia todopoderosa, frente a la pureza del “roquete blanco” (l. 8) del monaguillo que el propio Paco vistió de niño.

Pasamos así del punto de vista de mosén Millán al de monaguillo cuya voz se manifiesta en el último movimiento (“El chico salió otra vez del presbiterio pensando en Paco el del Molino”, l. 30). Entremezclando de nuevo discurso indirecto libre (“¿No había de recordarlo?”, l. 30) y discurso directo (““Lo vi, se decía con los otros, desde el coche del señor Cástulo...””, l. 36 y 37), el autor incrusta además fragmentos de un romance que narra la desdicha de Paco y que constituye la memoria popular (“después de su muerte, la gente sacó un romance”, l. 31). Esta forma poética tradicional compuesta de octosílabos se utiliza en España desde el siglo XV para narrar gestas heroicas y anécdotas populares. Aquí, evoca el sacrificio de Cristo por los pecadores. Se establece tácitamente un paralelismo entre “Ahí va Paco el del Molino / que ha sido sentenciado” (l. 32 y 33) y el viacrucis de Jesús, rematado por la mención de un “centurión” (l. 42), metáfora del esbirro de la clase dominante que acompañó a Paco en el momento de su ejecución.

*(Conclusión)*

Así pues, la polifonía con la que se nos cuenta la historia de Paco –cura, monaguillo, pueblo–, aunque predomina la voz del cura, traduce el dilema moral que ha planteado el protagonista entregando su vida para mejorar la del pueblo. La indiscutible analogía entre Paco y Cristo obliga a mosén Millán a poner el dedo en la llaga y lo confronta ineludiblemente con su culpa.

De esta forma, Ramón J. Sender logra poner en evidencia las contradicciones de una Iglesia que predica el mensaje de Cristo pero lo traiciona asociándose con los poderosos. Tanto es así, que los curas como mosén Millán no son sino meros agentes del poder político, encargados de adoctrinar el pueblo y someterlo a un clasismo que lo mantiene en la pobreza. El personaje de Paco va a tratar de romper con la aceptación de un orden social fundado en profundas desigualdades. Es lo que intentó hacer la II República, a nivel nacional, antes de ser derrocada por el fascismo que se impuso a través de una dictadura franquista mantenida en el poder durante más de cuarenta años con la complicidad de la Iglesia.